

Exhibir para educar

José Luis Sánchez Mora¹

La investigación que sustenta *Exhibir para educar... Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*, de la Colección "Horizontes Educativos Mexicanos", coordinada por la Dra. Ma. Esther Aguirre Lora, apareció originalmente como tesis doctoral en Historia, en el año 2000. A causa de los requisitos académicos correspondientes, el aspecto histórico predominaba en detrimento del educativo, que sin embargo conservó una importante presencia. Además, el formato de tesis resultaba limitante para transmitirla a un público más amplio que merecía conocerla e involucrarse con la misma. La ocasión llegó al cursar su autora un Doctorado en Pedagogía, desarrollando así el enfoque educativo inherente a la actividad museística, para difundir no sólo su historia, sino también su misión didáctica en nuestro país, a través de una magna obra de incuantificable utilidad, que trata acuciosamente cada uno de los temas que aborda, los analiza en sus más remotas repercusiones y descubre un relato insospechado y fascinante, que de tan cotidiano hemos considerado invariable desde siempre: la transformación de un objeto cualquiera para considerarlo, o no, digno de exhibirse en un museo, de ser interpretado a la luz de los conocimientos disponibles, y mostrarse para la educación y deleite del público en general y, en última instancia, en aras del orgullo de un Estado Nacional, así como de la unidad entre sus habitantes.

En el primer capítulo se estudian detalladamente el "Coleccionismo y museos en el mundo Occidental", puesto que dichas entidades no brotaron en nuestro país por generación espontánea, ni su estado actual se explicaría satisfactoriamente como una creación autóctona. La recolección de objetos varios, en razón de su origen –natural o artificial– su rareza, su belleza, su utilidad, etc., ha respondido a través del tiempo a diversos fines

que pueden coexistir simultáneamente: enseñanza, esparcimiento, prestigio en el presente e, incluso, más allá de la muerte; pertenencia a un grupo, nexo del hombre con su pasado y proyección hacia su futuro... Según las distintas épocas y culturas, las colecciones se reservaron al disfrute de un pequeño grupo o se difundieron entre un público más amplio, pero es a partir del siglo XVIII que esta última tendencia se afianza y generaliza en Occidente. De la misma manera han variado los motivos por los que un objeto se abstrae de su contexto original y se preserva para las futuras generaciones. Así, comienza a perfilarse la división de los museos en dos ramas principales, que marcará la pauta en el desarrollo del Museo Nacional en México: los científicos y los históricos, cada uno con necesidades específicas de exhibición, difusión, investigación y enseñanza.

Otros dos factores que irían preparando el surgimiento del museo moderno decimonónico cuyo modelo resultó definitivo para nuestro país, fueron, por una parte, la creación de la disciplina arqueológica, y por otra, un paulatino avance del conocimiento científico respaldado por la experiencia sensorial. A este respecto, a partir del Renacimiento empezó a privilegiarse el papel del objeto tridimensional, que ya desde entonces custodiaban los antecedentes de la institución que nos ocupa. A todos niveles se recibirían los beneficios del proceso: desde la investigación erudita hasta la educación elemental, y fue aprovechado por los grandes pedagogos de la época, entre los que destaca Juan Amós Comenio. Las ideas de la Ilustración, herederas de la revolución científica mencionada, fueron permeando las sociedades

¹ Lic. en Historia y colaborador en actividades museísticas.

dieciochescas, mientras otros sucesos derivaron en la creación o reafirmación de Estados nacionales a ambos lados del Atlántico, generando nuevas necesidades en el coleccionismo y la exhibición. Una muy principal consistía en la transmisión de conocimientos y tecnologías que propiciaran el progreso de cada nación en todos aspectos: "Escuelas y museos fueron los grandes protagonistas de estos cambios. Las primeras, por transmitir en forma sistemática y ordenada aquellos conocimientos considerados necesarios para el buen desempeño del hombre y la sociedad; los segundos, como la prueba tangible de los mismos." Sin embargo, el destino de estos últimos quedó entonces subordinado al de aquéllas en sus métodos y actividades, ya que resultaba sumamente difícil una evaluación cuantitativa de su utilidad por sí mismos.

Si el largo aunque provechoso contexto en que la autora de esta obra ubica el surgimiento del Museo Nacional nos parece de sumo interés en cuanto nos habla del desarrollo de un proceso universal que continúa vigente, al aplicarlo a nuestro país nos va llevando de sorpresa en sorpresa al presentarnos hechos y personajes, algunos desconocidos, otros bajo una luz que los transforma totalmente, y todos relacionados en tal forma que nos remiten inevitablemente al panorama museístico del México actual.

A partir del segundo capítulo se nos narra una misma historia desde perspectivas diferentes, correspondiendo a éste la relativa a las "Colecciones e instituciones en la ciudad de México". Las colecciones artísticas fueron importadas con un propósito eminentemente didáctico para los alumnos de la Academia de San Carlos, mientras que a los grandes ejemplares arqueológicos se planeaba enviarlos a España en calidad de "trofeos" de la conquista, y un poco para el estudio de los pueblos prehispánicos. Afortunadamente, el movimiento de Independencia frustró los intentos de traslado, y la nueva nación tuvo que aprovechar la infraestructura colonial, pero también crear otra acorde a las nuevas circunstancias. Las colecciones naturales y artísticas conservaron su papel didáctico, pero las históricas, especialmente las arqueológicas, requerían de un espacio especial, un museo "Nacional" donde los mexicanos encontrarán elementos de identidad y orgullo comunes. La institución primigenia, al ser reorganizado y remodelado el Museo Nacional con ocasión de las fiestas

del Centenario de la Independencia, se escindió en uno de Historia Natural, que albergaría el flamante edificio de El Chopo, mientras el denominado de Arqueología, Historia y Etnografía, permanecería por muchos años en las añejas instalaciones de la calle de Moneda.

A diferencia de las colecciones de historia natural, con respecto a las cuales se había avanzado más en cuanto a recolección y criterios de orden para exhibición, las colecciones históricas hubieron de atravesar etapas en que se revaloraran las piezas que las conformaban. De curiosidades antiguas a objetos cuya utilidad en el pasado habría de dar cuenta la disciplina arqueológica; de trofeos expoliados por la metrópoli a prendas de orgullo para los nacidos en el mismo suelo que sus creadores, alimentando el nacionalismo de los criollos despreciados por los peninsulares, primero, y más tarde de los habitantes del nuevo país ante el mundo. Desde la creación del Museo Nacional en 1825 se percibió la trascendencia de estas piezas, considerándose las núcleo originario de la institución, que las investigaría por varias décadas para que cumplieran con su misión museográfica, en una época en que la historia propiamente dicha se sentía demasiado reciente y dolorosa como para facilitar su interpretación. La trascendencia y monumentalidad del pasado arqueológico mexicano resultaban tan omnipresentes que no podían pasar inadvertidas por los distintos gobiernos del signo que fueran. Por su parte, las colecciones históricas requirieron de relativa calma y distancia para transformarse de dolorosa realidad a pasado musealizable. 1867 constituyó un hito en este sentido, pues la reciente derrota de la Intervención Francesa y el Imperio, marcaba, para el optimismo de la República Restaurada, el fin de una etapa de todo tipo de trastornos. Las amenazas que alguna vez significaron aquéllos para la integridad nacional, quedaban neutralizadas al presentar públicamente las pertenencias del difunto emperador como una prueba de la caducidad de su proyecto. Con respecto a la imagen de los héroes de la Independencia, principalmente Hidalgo y Morelos, hubo de efectuarse un verdadero rescate de objetos y datos para proporcionar al visitante de los museos una información completa e imparcial. Nuevas adquisiciones, complementos museográficos e investigaciones fueron necesarios para conformar un panorama lo más cohe-

rente posible del virreinato y el México independiente, haciéndolo culminar en el porfiriato, para asombro de propios y extraños durante la celebración de las fiestas del Centenario en 1910.

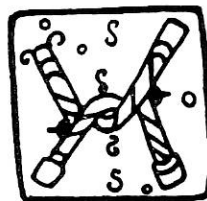
En el tercer capítulo "Construcción de la nación y los museos de Historia", se analiza la elaboración del discurso ideológico manejado en estas instituciones, que podría resumirse en la transformación de la mentalidad general, de una visión religiosa a un culto oficial que integraría diversas etapas históricas y grupos humanos en un proyecto de nación, regido por un orden pregonado por el positivismo, en boga durante la segunda mitad del siglo XIX.

El último capítulo nos ofrece un valioso panorama de la interacción de la actividad museística y la educación a varios niveles durante el periodo contemplado, en aspectos como el apoyo en programas escolares de enseñanza elemental y media, y la generación de estudios superiores especializados. Asimismo se muestra la extensión museística efectuada principalmente a través de visitas guiadas y publicaciones, mediante las cuales el Museo Nacional abarcaba el aprendizaje formal y el no formal, cerrando aparentemente el ciclo de las relaciones "escuela-museo" y "museo-escuela". Sin embargo, concluye nuestra autora, las buenas intenciones y la labor desplegada en aquella época no alcanzaron a satisfacer la proyección que se pretendía. Paradójicamente la institución, con mucho, sirvió entonces, no tanto para educar a la población en general, sino para "la gente educada". Se requeriría de tiempo y estrategias más ambiciosas todavía para cumplir con la labor didáctica y de cohesión nacional asignada al Museo.

El anterior resumen resulta apenas un pálido reflejo de la riqueza y trascendencia de *Exhibir para educar...* pero dada la naturaleza de estas líneas, el propósito de

ellas consistía únicamente en destacar los aspectos más relevantes de la historia narrada en la obra, misma que Luisa Rico, con su característica modestia, define como "reconstrucción fáctica". Por el contrario, la consideramos una interpretación tan acuciosa y completa que difícilmente deja algún tema por cubrir o alguna faceta por mejorar. No obstante, los documentos empleados como materia prima constituyen un filón que permitiría explotarlos para nuevas investigaciones, por lo que nuestra autora los reproduce en la sección de Apéndices con objeto de ampliar el panorama en la materia y suscitar aún mayor interés. También en dichas páginas se incluyen cuadros donde se compila gráficamente información estadística, biográfica, bibliográfica y legal, con el fin de sistematizarla de manera que no interfiriera con la lectura del texto principal. Mención aparte merecen las ilustraciones, seleccionadas con total acierto, insustituible apoyo en la comprensión de descripciones o en la comparación entre los recintos museísticos del pasado y sus sucesores.

Por último, en las Consideraciones Finales Luisa Rico recapitula la trayectoria de la institución museística en general y del Museo Nacional en especial, contrastándola con los propósitos educativos que les han sido asignados, y proyecta sobre la actualidad la labor efectuada durante el periodo estudiado. A pesar de los límites temporales marcados, ya se habían perfilado datos sobre épocas posteriores, pero es en las últimas páginas de *Exhibir para educar...* que, confrontación mediante, nos damos cuenta de la solidez y persistencia de la estructura museística decimonónica al constatar cuánto deben a ella herederos suyos como el Museo Nacional de Arte, el Museo Nacional de Historia o el Instituto Nacional de Antropología e Historia, patrocinador de la obra objeto de las presentes líneas, junto con la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y el Centro de Estudios Sobre la Universidad de la UNAM.





RECTORA

M.A. Candita Victoria Gil Jiménez

SECRETARIA DE SERVICIOS ACADÉMICOS

M.P.E.S. María Isabel Zapata Vásquez

SECRETARIO DE SERVICIOS ADMINISTRATIVOS

Dr. José Manuel Piña Gutiérrez

SECRETARIA DE FINANZAS

C.P. Marina Moreno Tejero

DIRECTOR DE ESTUDIOS Y SERVICIOS EDUCATIVOS

M.C. José Isabel López Naranjo